



## EL DON DE LA PERSONALIDAD

*Qui manducat me, ipse  
vivet propter me.*

«El que come de mí, vi-  
virá de mí.»

(JOANN., VI, 58.)

### I

**M**EDIANTE la sagrada Comunión, Jesús viene á tomar posesión de nosotros, á hacernos cosa suya. Es, pues, necesario, si hemos de conformarnos con sus designios, que pongamos en sus manos todo derecho y propiedad que pudiéramos tener sobre nosotros mismos; que le dejemos la dirección y la iniciativa de todos nuestros actos, que no hagamos cosa alguna por nosotros y para nosotros, sino todo por Jesús y para Jesús.

De esta manera se realiza la nueva encarnación del Verbo en nosotros, y se continúa, para gloria del Padre, la obra que consumó en la naturaleza humana de Jesús. En el misterio de la Encarnación la humanidad de Jesucristo fué privada de este último elemento, mediante el cual cada uno de los hombres es señor de sí mismo, y su propia naturaleza es in- comunicable á los demás. No recibió subsistencia ó



personalidad connatural, pero la persona del Verbo reemplazó á la personalidad que la naturaleza humana de Jesucristo habría debido naturalmente recibir. Ahora bien; siendo la persona quien en los seres perfectos obra por su naturaleza y facultades; siendo la persona lo más noble que hay en ellos y la que nos hace seres perfectos y completos, claro es que á ella se refieren todos los actos naturales: ella es el primer principio y de ella reciben todos su valor. Yo mando á las facultades de mi alma, y todos los miembros de mi cuerpo me obedecen: este yo, hombre perfecto, es quien obra y quien hace obrar, y quien es responsable de todos los movimientos, así como de todos los actos de mi ser: mis potencias me sirven ciegamente; el único responsable de mis actos es el principio de donde proceden, porque por él y para él obran todas las potencias de mi ser, y no para sí mismas.

Síguese de aquí que en Nuestro Señor, en quien había dos naturalezas y una sola persona, la del Verbo, estas dos naturalezas obraban por el Verbo, y que aun la más leve acción humana de Nuestro Señor era al mismo tiempo acción divina, acción del Verbo, que era el único que pudo inspirarla y darle infinito valor. Síguese también de aquí que la naturaleza humana no era principio primero de ningún acto, que no tenía interés alguno propio, que no obraba para sí, que no era sino la sierva del Verbo, único motor de todos sus actos: el Verbo quería de un modo divino y de un modo humano, y obraba por medio de cada una de sus naturalezas.

Esto mismo debe suceder en nosotros, ó por lo menos debemos procurar con todas nuestras fuerzas acercarnos á este ideal divino, de suerte que el hom-

bre no obre sino como instrumento pasivo, conducido, guiado por un motor divino, el Espíritu de Jesucristo, mirando al único fin que Dios puede proponerse al obrar, que es el mismo Dios, su propia gloria. Debemos, pues, anonadarnos á todo propio deseo, á todo interés propio, y no mirar sino á la voluntad de Jesús en nosotros, que no es otra que vivir en nosotros para gloria de su Padre, y que se da en la sagrada Comunión para estrechar esta unión inefable.

Quando el Verbo dice en el Evangelio: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me, et ipse vivet propter me*, viene á decir: Al enviarme al mundo mediante la Encarnación para ser la persona divina de una naturaleza que no es persona humana, el Padre ha cortado de raíz á esta naturaleza el buscarse á sí misma, para que sólo viva para Él: así, mediante la sagrada Comunión yo me uno á vosotros para vivir en vosotros y para que vosotros sólo viváis para mí; yo viviré en vosotros y llenaré vuestra alma con mis deseos; yo consumiré y destruiré en vosotros toda suerte de propio interés; yo desearé y querré en vosotros, me pondré en vuestro lugar: vuestras potencias serán mis potencias, yo mismo seré quien viva y obre por medio de vuestro corazón, de vuestro entendimiento y de vuestros sentidos: yo seré vuestra persona divina; por ella participarán vuestras obras de una dignidad sobrehumana, tendrán un mérito divino, serán obras dignas de Dios, y merecerán la bienaventuranza, la visión intuitiva de Dios. Seréis por gracia lo mismo que soy yo por naturaleza, hijos de Dios, herederos legítimos de su reino, de sus riquezas y de su gloria.



Cuando Nuestro Señor vive en nosotros por su Espíritu, nosotros somos miembros suyos, somos Él mismo: el Padre celestial se complace en nuestras acciones; mirándolas el Padre celestial, ve las obras de su divino Hijo y se complace en ellas; el Padre, inseparablemente unido á su Verbo, vive y reina también en nosotros; y esta vida y reinado divinos paralizan y destruyen el reino de Satanás: entonces las criaturas dan á Dios el fruto de honor y de gloria que le es debido.

Así, el primer motivo por el cual desea Nuestro Señor que nos unamos sobrenaturalmente con Él mediante la vida de la caridad perfecta, es la gloria de su Padre en estos sus miembros: por esta razón nos llama San Pablo con tanta frecuencia: *membra Christi*, miembros, cuerpo de Cristo; y Nuestro Señor nos dice muchas veces durante la cena: «Permaneced en mí.» Este es el verdadero don que uno hace de sí mismo, pues no permanece en sí quien trabaja por aquel en quien está y está del todo á su disposición.

## II

Nuestro Señor desea además esta unión por amor á nosotros, á fin de ennoblecernos por sí mismo, y de comunicarnos algún día su gloria celestial con todo lo que la constituye: el poder, la dicha, la belleza perfectas. Y como Nuestro Señor no puede comunicarnos su gloria sino en tanto que somos sus miembros, y sus miembros son para Él santos, quiere santificarnos para unirnos consigo y darnos parte de su vida gloriosa.

Nuestras obras acá en la tierra llegán á ser obras de

Nuestro Señor y tienen mayor ó menor mérito según el mayor ó menor grado de su unión con las obras de Nuestro Señor; y esta unión está en relación con las costumbres, las virtudes, con el Espíritu de Jesús que vive en nosotros. De aquí aquellas hermosas palabras: *Christianus alter Christus; vivit vero in me Christus; non ego solus, sed gratia Dei mecum.* «El cristiano es otro Cristo; Jesús vive en mí: no soy yo sólo quien obra, sino su gracia conmigo.»

Esta unión es el fruto del amor de Jesucristo; es el fin de toda la economía divina en el orden natural y en el sobrenatural: todo cuanto ha establecido la Providencia tiende á conseguir y consumir la unión del cristiano con Jesucristo, á alimentar y perfeccionar esta unión: porque es toda la gloria de Dios en sus criaturas y toda la santificación de las almas, y, en suma, todo el fruto de la redención.

## III

La unión de Jesucristo con nosotros será en razón de nuestra unión con Él: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. En aquel que permanezca en mí, yo viviré.» Sé, pues, ciertamente que Jesús vivirá en mí, si yo quiero vivir en Él. Como el aire corre al vacío, y el agua se precipita corriendo hacia el abismo, así el Espíritu de Jesús llena al punto el vacío que el alma hace en sí misma.

En esta unión del hombre con Nuestro Señor consiste la dignidad del hombre. No llevo á ser una parte de la divinidad, ni alguna cosa digna de adoración, sino una cosa sagrada, santa; mi naturaleza será siempre como nada en la presencia de Dios, y



de suyo podrá volver á caer en el abismo; pero Dios la eleva hasta el punto de unirse á ella por su gracia, por su presencia en mí, y se une á mí con parentesco tanto más estrecho cuanto más íntima y estrecha es mi unión con Él y mayor es mi pureza y mi santidad: el parentesco con Nuestro Señor no es, en efecto, sino la participación en su santidad, según sus mismas palabras: «El que guarda mi palabra, ese es mi hermano y mi hermana, mi padre y mi madre.»

De esta unión procede el poder del hombre: *Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, ita et vos nisi in me manseritis.* Sin mí nada podéis. No puede decirlo con más claridad: *nada*. Mas así como la fecundidad de una rama procede de su unión con el tronco y la savia, así la fecundidad espiritual viene de nuestra unión con Jesucristo, de la unión de nuestros pensamientos con los suyos, de nuestras palabras con sus palabras, de nuestras obras con sus obras. La vida de los miembros procede de la sangre del corazón, y la sangre se produce mediante los manjares; mas nuestro manjar es Jesucristo, Pan de vida, y sólo el que le come tiene la vida en Él. Este es el principio de nuestro poder y santidad: la unión con Nuestro Señor. Cuando no existe esta unión, nuestras obras son nulas, vacías, inútiles: la rama seca que no participa de la vida del árbol, no puede producir frutos.

De esta unión nace el mérito de nuestras obras: Nuestro Señor toma nuestra obra y la hace suya, haciéndola así digna de un precio infinito, de una recompensa eterna; y esta obra, que si fuera sólo nuestra no valdría casi nada, adornada con los mé-

ritos de Jesús, es digna de Dios; y cuanto más íntima es nuestra unión con Jesús, mayor será la gloria de nuestras buenas obras.

Pero ¡cuán fácilmente nos olvidamos de esta divina unión! ¡Cuántos merecimientos perdidos, cuántas obras estériles, porque no las hemos hecho en unión con Cristo! ¡Cuántas gracias sin fruto! ¡Oh dolor, con tantos medios, en negocio tan fácil, haber logrado tan escasa ganancia!

Vivamos, pues, unidos á Nuestro Señor Jesucristo; sigamos dóciles la dirección que nos marque, sometidos á su voluntad, guiados por su pensamiento, obrando según sus inspiraciones, ofreciéndole todas nuestras obras, así como la naturaleza humana vivió sometida, unida y obediente á la persona del Verbo que la gobernaba, como Jesucristo á su Padre celestial. Mas para vivir esta vida es necesario estar unidos con Jesús mediante una unión viva, recibida, renovada y sostenida por la comunicación continua con Él: es necesario que, como las ramas de los árboles, seamos templados y dilatados por el sol para que la savia divina nos penetre enteramente. Y el sol que nos atrae la savia divina y nos dispone á recibirla y la mantiene en nosotros, es el recogimiento, el deseo, la oración, es el don que hace el hombre constantemente de sí mismo, es el amor que sin cesar suspira por Jesús, lanzándose continuamente en pos de Él y diciendo: *Veni, Domine Jesu, veni*. Y la savia misma no es sino la sangre de Jesús, que nos da su vida, su virtud y su fecundidad divinas. La vida de comunión puede, pues, reducirse á estos dos términos: comulgar sacramentalmente y vivir vida recogida.





## LA VIDA DE UNIÓN CON EL ESPÍRITU SANTO

---

*Si Spiritu vivimus, Spiritu ambulemus.*

Si vivimos del Espíritu, caminemos también en el Espíritu.

(GALAT., V, 25.)

### I

**E**L principio de nuestra santidad es el Espíritu Santo, el espíritu de Jesús, este espíritu divino que Jesús ha venido á traer al mundo. La vida interior no es otra cosa que estar el alma unida con el Espíritu Santo y obedecer sus mociones. Estudiemos estas operaciones en nosotros mismos.

Notad ante todo que el Espíritu Santo es quien nos comunica á cada uno en particular los frutos de la Encarnación y de la Redención. El Padre nos ha dado á su Hijo, y el Verbo se da á nosotros y nos redime en la cruz: éstos son los efectos generales de su amor. ¿Quién sino el Espíritu Santo nos comunica estos divinos efectos? El Espíritu Santo forma á Jesucristo en nosotros y le completa. Este es, pues,



el tiempo de la venida del Espíritu Santo, así como el que siguió á la Ascensión del Señor. Esta verdad nos la mostró el Salvador cuando dijo: «Os conviene que yo me vaya para que venga el Espíritu Santo.» Jesús nos ha adquirido las gracias, ha reunido el tesoro, ha puesto en la Iglesia el germen de la santidad: la misión del Espíritu Santo es cultivar este germen y conducirlo hasta su término; acaba y perfecciona la obra del Salvador; así decía Nuestro Señor: «Yo os enviaré mi Espíritu, y este Espíritu os enseñará todas las cosas; os explicará y os dará á entender todas las palabras que yo os he dicho; si no viniera, seriais débiles é ignorantes.» En el principio el Espíritu se extendía sobre las aguas para fecundarlas. Esto mismo hace con las gracias que nos ha dejado Jesucristo: las fecunda y nos las aplica, porque habita en nosotros y en nosotros obra. El alma justa es mansión y templo del Espíritu Santo; Él habita en ella, no solamente por su gracia, sino por sí mismo; su adorable Persona mora en nosotros, y cuanto más pura es nuestra alma, más lugar halla en ella el Espíritu Santo y mayor es en ella su poder.

Este divino Espíritu no puede obrar ni morar allí donde hay pecado, porque el pecador está muerto, porque sus miembros están paráliticos y no pueden cooperar á su acción; cooperación que siempre es necesaria. Cuando nuestra voluntad es perezosa ó son desordenados nuestros afectos, puede, es verdad, morar en nosotros, pero no puede obrar. El Espíritu Santo es una llama que siempre sube y quiere hacernos subir consigo. Si queremos ponerle obstáculos, se extingue esta llama, ó más bien el Espíritu Santo acaba por alejarse de nuestras almas

paralíticas y adheridas á la tierra, porque no tardamos en caer en pecado mortal. La pureza es, pues, condición necesaria para que el Espíritu Santo habite en nosotros. No consentirá que ni siquiera haya una paja en el corazón. El posee, y si la hay la quemará, dice San Bernardo! *Qui nec minimam paleam intra cordis quod possidet habitaculum residere patitur, sed exurit.*

La misión del Espíritu Santo es formar á Jesús en nosotros. Es cierto que su misión general en la Iglesia consiste en dirigirla y guardar su infalibilidad; pero su misión especial en las almas es formar á Jesucristo. Esta nueva creación, esta transformación la hace mediante tres operaciones, en las cuales es absolutamente necesaria nuestra asidua cooperación.

## II

Empieza inspirándonos ideas y sentimientos conformes á los de Jesucristo. Está personalmente en nosotros, mueve nuestros afectos, conmueve nuestra alma, nos presenta en el pensamiento á Nuestro Señor. Es verdad de fe que sin el Espíritu Santo no podemos concebir ni siquiera un solo pensamiento sobrenatural. Sin su auxilio podremos concebir pensamientos naturalmente buenos, razonables; pero ¿qué valen semejantes pensamientos? El pensamiento que el Espíritu Santo pone en nosotros es leve y pequeño al principio; pero luego se engrandece y se difunde mediante las obras buenas y sacrificios que hacemos. ¿Qué es lo que debemos hacer cuando concebimos estos pensamientos sobrenaturales? Consentir en ellos sin vacilar. Debemos, además,



estar atentos á la voz de la gracia, recogidos en nuestro interior para ver si el Espíritu Santo nos inspira sus pensamientos divinos. Debemos escuchar al Espíritu Santo, estar recogidos cuando Él obra. Podría oponerse á esto que si todos los pensamientos sobrenaturales vinieran del Espíritu Santo, seríamos infalibles. Á lo cual respondo que el hombre está de suyo sujeto á error; pero cuando estamos en nuestra gracia y seguimos la luz que nos muestra el Espíritu Santo, entonces indudablemente estamos en la verdad, y en la verdad divina. Por esta razón el alma recogida en Dios está siempre en la verdad, porque el que es sobrenaturalmente sabio nunca da pasos falsos. Lo cual no puede atribuírsele á él mismo, no procede de él, pues no se guía por sus propias luces, sino por las del Espíritu de Dios que está en él y le ilumina. Si somos groseros y materiales, si estamos derramados en las cosas exteriores, no comprenderemos estas palabras; pero si sabemos oír la voz del Espíritu Santo dentro de nosotros, fácilmente las entenderemos. ¿Cómo distinguimos el manjar bueno del malo? Probándolo. Pues lo mismo sucede tratándose de la gracia: el alma que desea juzgar rectamente no tiene más que hacer sino sentir en sí misma estos efectos de la gracia, que no engañan. Entre en la gracia y conocerá el poder de la gracia, así como conoce la luz porque la luz le rodea: cosas son éstas que no pueden explicarse á los que nunca las han experimentado.

Humillanos, acaso, el no comprenderlas, porque este no comprender prueba que muchas veces no sentimos apenas las operaciones del Espíritu Santo, siendo así que el alma, que es interior y muy pura,

está dirigida constantemente por el mismo Espíritu Santo, que le revela sus vías directamente mediante alguna inspiración interior é inmediata.

Sobre este punto quiero insistir. El Espíritu Santo guía por sí mismo al alma interior y pura: es su maestro y su director. Claro es que ella debe obedecer las leyes de la Iglesia y someterse á su confesor en todo cuanto se refiere á las prácticas de piedad y á ejercicios espirituales; mas en cuanto á su dirección interior é íntima, el Espíritu Santo es quien la guía, quien dirige sus afectos y sus pensamientos, y nadie podrá, aunque fuera osado á hacerlo, ponerle obstáculos. ¿Quién podrá intervenir en el coloquio del Espíritu divino con su amada? Y, aunque quisiera y pudiera, ¿qué ganaría en ello?

Quien ve un hermoso árbol, no trata de averiguar si sus raíces están del todo sanas: bien se lo muestran la belleza y el vigor del árbol. Así, cuando una persona adelanta en el bien, sus raíces, por ocultas que estén, son sanas, y cuanto más profundas tanto más vivas están.

Pero, por nuestra desgracia, ¡cuántas veces nos pide el Espíritu Santo que sigamos sus inspiraciones, y nosotros no queremos seguirlas! Sólo somos máquinas exteriores, por lo cual seremos confundidos como los judíos, que no conocieron á Nuestro Señor: tenemos al Espíritu Santo en medio de nosotros y no le conocemos.

### III

El Espíritu Santo ruega en nosotros y por nosotros. Toda la santidad, al menos en principio, consiste en la oración; porque la oración es el canal de



todas las gracias. Ahora bien; el Espíritu Santo está en el alma que ora: *Ipse postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*. El Espíritu Santo ha elevado nuestra alma á la unión con Dios. Él es el sacerdote que ofrece á Dios Padre, en el altar de nuestro corazón, el sacrificio de nuestros pensamientos y de nuestras alabanzas. Presenta á Dios nuestras necesidades, nuestras flaquezas y miserias y esta oración, que es la oración de Jesús en nosotros, unida á la nuestra, la hace omnipotente.

Sois templo verdadero del Espíritu Santo; el templo es casa de oración. Orad, pues, sin cesar, pero orad en unión con el divino Sacerdote de este templo. Podrán enseñaros maneras de orar, pero la unción y la dicha de la oración os la dará el Espíritu Santo. Los directores sólo están á la puerta de nuestro corazón; pero quien habita en él es el Espíritu Santo. Necesario es que llegue á todas sus partes para hacerle dichoso. Rogad, pues, con Él, y Él os enseñará toda verdad.

#### IV

La tercera operación del Espíritu Santo en nosotros es formarnos en las virtudes de Jesuero. Con este fin nos da la inteligencia de ellas, la gracia inapreciable de comprender las virtudes de Jesús, porque estas virtudes tienen una doble faz. La primera rechaza y escandaliza, porque crucifica. El mundo, desde el punto de vista natural, tiene razón para no amarlas. Aun las virtudes más amables, como la mansedumbre y la dulzura, son difíciles de practicar á la naturaleza. No es, en efecto, fácil practicar la mansedumbre cuando somos insultados, y compren-

do que sin la fe el mundo rechaza las virtudes del Cristianismo. Pero el Espíritu Santo nos muestra la otra faz de las virtudes de Jesús. Su gracia, suavidad y unción rompen la corteza amarga de la virtud, y nos hacen gustar en ellas la dulzura de la miel, la gloria más pura. Entonces nos admiramos de que la cruz sea tan dulce; pero es porque, en vez de humillaciones y cruces, sólo vemos en los sacrificios el amor de Dios, su gloria y la nuestra.

A consecuencia del pecado, nos cuesta trabajo la práctica de la virtud y sentimos aversión á ella, porque humilla y crucifica. Pero el Espíritu Santo nos muestra que Jesús las ha ennoblecido practicándolas Él primero. Así nos dice: «¿No queréis humillaros? Pues no os humilléis, pero sed semejantes á Jesús, que esto no es descender, sino elevarse y ennobecerse.» Y la pobreza y los harapos son vestiduras regias porque Jesús ha sido el primero en vestírselas; las humillaciones son gloria, y las penas alegrías; porque Jesús ha puesto en ellas la verdadera gloria y la verdadera alegría.

El Espíritu Santo es quien nos hace entender de este modo las virtudes y quien nos muestra el oro puro que se oculta en esta mina de ásperas rocas. El carecer de esta luz es lo que detiene á muchos en el camino de la perfección: sólo ven la humilde apariencia de las virtudes de Jesús, y no penetran sus ocultas grandezas.

A este conocimiento íntimo y sobrenatural de las virtudes añade el Espíritu Santo una aptitud especial para practicarlas, de tal suerte que no parece sino que sólo hemos nacido para ejercitarnos en ellas, pues nos son como naturales, y poseemos cierto instinto divino que nos conduce á ellas. Todas las



almas reciben aptitudes conforme á su vocación. Á nosotros, adoradores, nos da gracia para que adoremos en espíritu y en verdad. Ruega en nosotros y nosotros rogamos en Él: Él es el maestro que nos enseña á orar. El es quien ha dado á los Apóstoles la fuerza y el espíritu de la oración: llámase espíritu de oración y de plegaria. *Spiritus orationis et precum*. Unámonos, pues, á Él. En la Pascua de Pentecostes vino á la Iglesia y habita en cada uno de nosotros para enseñarnos á orar, para formarnos según el modelo de Jesucristo, para hacernos semejantes á Él, á fin de que algún día podamos entrar unidos con Él y verle cara á cara en la gloria celestial.



## LA VIDA DEL VERDADERO SIERVO

*Servus tuus sum ego:  
da mihi intellectum ut discam  
justificationes tuas.*

«Siervo tuyo soy: dame  
inteligencia para que  
aprenda tus divinos precep-  
tos.»

(SALM. CXVIII, 115.)

### I

**N**UESTRO Señor me ha amado y se ha dado á mí. Debo, pues, ser suyo. Esto es estrictamente justo. Pero debo ser suyo como Él es de su divino Padre, porque el Verbo se ha hecho carne, ha venido á morar entre nosotros, ha vivido en nuestra presencia y viene á nosotros en la sagrada Comunión para ser nuestro modelo, para comunicarnos sus virtudes y hacer que vivamos la misma vida que Él vive.

El Padre celestial ha dado á Jesús el título de siervo: *Justificavit ipse servus meus multos*. Mi siervo será fuente de la justificación de muchos. En los Salmos habla David en la persona de Nuestro Señor y dice á Dios: «Vuestro siervo soy, y el hijo de vuestra sierva.» *Servus tuus sum ego*.